

PAPELETAS DE EPIGRAFIA LIBICA

VII - VIII

SOBRE EL SIGNIFICADO DE *bn-s*. SOBRE EL SIGNO 8.

VII. Me ha preocupado grandemente hallar en los escritos de G. Marcy, referencia a una interpretación de la palabra *bn-s* (⊙ — ☛), que con tanta frecuencia aparece en la epigrafía líbica (1), y que según él significaría no «piedra», como hemos sostenido por nuestra parte (2), sino que leído *bās*, habría de entenderse como el nombre de la divinidad egipcia Bes. Hasta recientemente no he tenido ocasión de leer el trabajo del gran bereberista citado en que se documenta y defiende esta tesis, publicado en los *Annales de l' Institut d'Études Orientales* de la Universidad de Argel, t. II, 1936, p. 158 ss.

Para nosotros la cuestión es de un interés fundamental, pues creemos haber demostrado que la misma palabra es la que en la forma *eban(en)* aparece en la epigrafía sepulcral ibérica (3) con el mismo sentido de «piedra», y un sufijo *-en* que equivale a la *-s* líbica, y que siendo por una parte el pronombre posesivo camítico, por otro es precisamente el genitivo del vasco, como ya sostuvieron Schuchardt y otros lingüistas, y nosotros, aun a pesar de las críticas de Zyhlarz, no hemos de dudararlo.

(1) En mis trabajos en este mismo BOLETÍN X 1943/4 p. 33 ss. y XI 1944/5 p. 76 ss., he reunido (sin que esto signifique que haya revisado todo el material ni mucho menos, disperso en revistas y libros para mí inaccesibles en parte) más de sesenta inscripciones en que aparece la fórmula *bn-s*.

(2) En este BOL. X p. 33 ss.

(3) *Boletín de la Real Academia Española* XXV 1946 p. 38 ss. Del sufijo *-en* me he ocupado en el *Bol. de la R. Sociedad Vascongada* de San Sebastián II 1946 p. 51 ss. y 150. Desgraciadamente, por no haber corregido yo mismo las pruebas, este trabajo apareció primero incompleto, y nadie ha apreciado la fuerza de mi argumentación, a pesar de las adiciones que luego publiqué.

Analicemos los argumentos de Marcy, aparte de los por él expuestos en el trabajo de *Hespéris* 25 - 1938 p. 317 ss., que ya nos han ocupado antes. En el trabajo de los *Annales* a que nos hemos referido más arriba, Marcy escribe (p. 158): «Dans une catégorie voisine de celles des gravures magiques à légende doivent être classées les inscriptions votives dédiées à d'anciennes divinités indigènes, et dont le site algérien de Kifan Beni Feredj, près La Calle, a fourni toute une série. Ces textes sont, autant qu'on en peut juger, car il s'agit de non bilingues, des invocations à Bès, dieu tutélaire, parèdre de Tanit, pour qui nous savons, en effet, que les anciens Libyens professaient un culte particulier».

Ahora bien, los ejemplos de Kifan Beni Feredj que de la colección de Halévy (4) cita Marcy, no son los únicos en presentar esta forma, ni esta queda circunscrita, como podría deducirse del texto que acabamos de copiar, a una localidad o un tipo determinado de inscripciones. Las aludidas por Marcy en este texto, muchas de las cuales son las recogidas por nosotros en nuestro trabajo citado, no son especialmente votivas, sino simplemente funerarias. Y funerarias son también las dos inscripciones que presentan *bn-s* y que procedentes de Túnez estudia Marcy, en su citado trabajo de *Hespéris* (núms. 3 y 4 de la lámina I). El propio Marcy, que tan concluyentemente hemos visto se define sobre el carácter votivo de las inscripciones en que él cree ver el nombre de Bes, dice, aludiendo a inscripciones sepulcrales (*Annales* cit. p. 161), que «sur plusieurs stèles ces expressions *a'-Adirmah* ou *a'-Amakdah*, sont remplacés par le seul nom divin *Bes*». Pero notemos por nuestra parte que si es verdad que en inscripciones funerarias aparecen nombres de dioses, como *Adirmah* o *Amakdah*, o también *Adafeh* (*Adabiy*) (5), estos siempre van en los epígrafes con la preposición \bar{a} , que significa «hacia», mientras que el supuesto *Bes* no lleva jamás preposición.

La otra dificultad que podría oponérsenos, la de que el signo l vale según Marcy por alef (o \bar{a}), no es concluyente, pues para el propio Marcy la letra l se lee n en ciertas inscripciones, así en su obra *Inscriptions libyques bilingues* p. 82, 86, 103 (confirmado por el texto latino), 136 (idem). Por esta parte no creemos que se nos pueda oponer ningún reparo serio.

(4) Es decir, de los artículos de este autor en el *Journal Asiatique*, a los cuales hacemos referencia en este mismo. BOLETÍN X p. 35 n. 3.

(5) G. Marcy: *Les inscriptions libyques bilingues*. París, Cahiers de la Soc. Asiatique, 1936, p. 142.

Finalmente, la mención de «piedra» en las lápidas funerarias libias está asegurada no sólo por numerosísimos ejemplos (aparte de los por mí dados sobre *bn-s*, v. Marcy *Annales* p. 159 n. 1), sino por los paralelos púnicos en bilingües, y en general por la costumbre de los semitas como ya indicamos en este mismo BOLETIN X p. 34.

VIII. El signo 8 tiene una especial significación en los alfabetos mediterráneos. G. Buonamici *Studi etruschi* VII 1933 p. 299 ss., como ya antes Danielsson, Kretschmer, etc., ha subrayado el hecho de la coincidencia entre el etrusco y el lidio en cuanto al uso y valor de 8. En este punto, F. Sommer *Sitzungsberichte* de la Academia de Munich 1930, 1, había señalado que esta coincidencia no ha de ser enfocada dentro del problema de la primitiva relación entre lidios y etruscos, sino que proviene sencillamente de que tanto unos como otros han tomado este signo de ciertos alfabetos de la Grecia central. En Olimpia y Laconia hay inscripciones en las que 8 ha de ser leído ϕ (que representa en la pronunciación *phs*) (Sommer p. 15 s.). En la inscripción de Anfisa IG IV 325 hallamos la etapa en que quedaría especializado para el valor *ph*, pues se haya ϕ escrito 8 ζ , según Sommer p. 18. Según Buonamici, en cambio, el valor de 8 en ciertos alfabetos griegos sería el de espíritu áspero, así en la difícil inscripción 8ΙΠΟΞΤΕΝΕΙ que procedente de un «ánfora tirrénica» del Museo Británico estudia P. Kretschmer *Griech. Vaseninschriften* p. 154 s. El valor *h* de la 8 se fijaría en etrusco como *f* por la alternancia *f/h* que se observa en ciertos dialectos como el falisco.

Por lo demás, el signo se halla en lidio con el valor *f* (Friedrich *Kleinasiatische Sprachreste* p. 157, Deeters *RE* XIII art. Lydia col. 2157). Gardthausen *RE* XI col. 609 señala por su parte que el valor de 8 no es del todo seguro. El nombre de Sardis aparece escrito en lidio S8ard, cuyo segundo signo en escritura aramea corresponde a una *pe*, que como es sabido, lo mismo se puede transcribir \sqcup por *f* que por *p*. En persa se halla el nombre de Sardis transliterado *Sparda*, y aunque en el alfabeto cuneiforme adaptado al persa se distinguen *f* y *p*, la transcripción *Sparda* obedece a leyes fonéticas del persa, que rechaza la aspirada tras la *s*, por lo cual no puede aceptarse la afirmación terminante de Gardthausen en favor del valor *p* del signo lidio 8, a diferencia del valor *f* en etrusco.

El problema se complica todavía si tomamos en consideración los hechos en líbico. Desde luego que el signo no es exactamente igual, pues lo que hallamos en líbico con el valor de *f* no es precisamente

8 sino 8, abierto por arriba. Ahora bien, nosotros creemos que esta divergencia obedece al afán de diferenciación y de sistematismo que caracterizan al alfabeto líbico, sobre lo cual ha llamado la atención Meinhof (6). Una vez que es regla sin excepción en líbico que los signos de formas angulosas y cuadradas son equivalentes a los mismos redondeados, así □ es igual a ○, ◻ a ⊙ etc., resultaba reducido el signo 8 al valor *s*, es decir, a X, y por consiguiente había que establecer una diferencia, y esta fué la de dejarle abierto, en las dos formas 8 y X. Para el valor primitivo de este signo algo nos puede enseñar la fonética histórica del líbico, según los detalles que pone Marcy *Annales* citados más arriba, p. 152: «un même verbe 'saigner du nez', se prononce *gounzer* dans certains dialectes et *founzer* dans d' autres»; esto nos sirve. continúa este autor, «pour comprendre comment un même signe X peut valoir *g* dans les inscriptions sahariennes [es decir tfinagh] et *f* dans les inscriptions numidiques,—surtout si l' on ajoute que la forme étymologique du verbe considéré est *wounzer* et que la valeur primitive de X,—mieux conservée dans les alphabets sud-arabiques, étroitement apparentes à l' écriture berbère (7),—paraît être un *w».

Sin aspirar a dar por resuelta esta complicada cuestión, lo que creemos poder afirmar es que la coincidencia etrusco-lidia y el evidente paralelo de la 8 líbica remontan mucho más allá de esos alfabetos griegos arcaicos en los que Sommer creía ver el origen común de la variante etrusca y del signo lidio. En realidad, se trata en todos estos casos de un viejo resto mediterráneo, como prueba la misma vacilación del valor entre *w*, *b*, *p*, *f*. Insisto en mi anterior afirmación (8) de que la inseguridad del valor de este signo es un resto más del primitivo valor silábico de los viejos alfabetos mediterráneos, en los cuales además las oclusivas se escribían sin distinguir sordas o sonoras (y acaso fricativas tampoco), seguramente porque la fonética sintáctica de aquellas lenguas determinaba el valor, variable, de estos signos.

Gardthausen en un artículo que cita Sommer *Sitzungsber.* p. 11 n. ha explicado precisamente el lidio 8 por duplicación de la 8, exactamente lo que hemos pretendido para la *k* y la *t* en el alfabeto líbico, como geminaciones de los signos usados para la *g* y la *d* respectivamente. Todo ello nos lleva a los afanes de la adaptación de un silabario adecuado a

(6) Cit. en este Bol. XI p. 75.

(7) Alude aquí Marcy a la tesis de Littmann *Journal Asiatique* IV 1904 p. 423, a la cual hemos aludido en este mismo Bol. VII 1940/41 p. 68.

(8) V. en este mismo Bol. XI p. 75.

lenguas con fonética sintáctica que determinaba el valor de sordas o nonoras (o fricativas) de las consonantes, a otras lenguas (las asiánicas de una parte, el líbico de otra) en las que esa condición fonética no se daba y por consiguiente los signos resultaban de esa inadecuación que comprendemos muy bien en el uso del silabario chipriota para el griego.

La relación entre la *p/f* lidio-etrusca de una parte, y el valor del mismo signo *f/w* en líbico, nos permite echar una mirada sobre los remotos orígenes mediterráneos de los alfabetos y tener algún indicio sobre sus adaptaciones.

ANTONIO TOVAR.